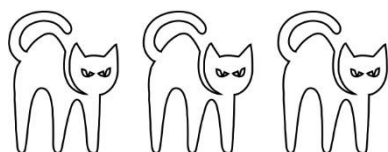
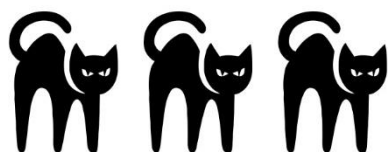


NUEVE
GATOS
DE TRES
PIES



Federico Abad



Federico Abad
NUEVE GATOS DE TRES PIES

© 2025 Federico Abad Ruiz
federicoabad.com

Icono de gato diseñado por @VisualPharm
(<https://www.freeimages.com>)

Iconos de máscaras diseñados por Freepik
(<https://www.freepik.com>)

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Hipocampo Ediciones Independientes
Imprime: Amazon KDP, 2025
ISBN: 979-8306000411

Índice

1 TRAGICOMEDIA	9
Filatelia	11
Imágenes sin voz	37
El lenguaje de la nieve	63
2 TRAGEDIA	87
Olas de seis o siete metros	89
El viaje de su vida	105
La pila LIFO	121
3 COMEDIA	157
No puedo vivir sin ti	159
Step One	197
¡Ah!	241
Notas del autor	267



1

TRAGICOMEDIA

FILATELIA

[el desafío]

Fabián estaba harto de pasarse el día acarreado muertos. Él había sido siempre un tipo alegre, incluso dicharachero; pero en qué mala hora se le ocurrió llamar por teléfono a aquel número, el del anuncio donde se demandaba un chófer con experiencia. Si no hubiera sido por el cretino de su cuñado, quien se presentó en su casa un domingo al mediodía con el periódico bajo el brazo («toma, cuñado, mírate esto, a ver si te interesa»), aún trabajaría con el furgón frigorífico, cargándose piezas de ternera al hombro, tan feliz. Pero no, no podía seguir igual: a su mujer le parecía una miseria el sueldo que le entregaba cada mes. *La Pelleja* —así es como la nombraba a sus espaldas— se pasó tres noches seguidas «Fabián, esto tiene que cambiar. Hazle caso a mi hermano y contesta al anuncio, a ver si mejoran las cosas», una y otra vez, una y otra vez, sin dejarle dormir.

Por hacerle caso, precisamente por eso, vivía amargado. Todo el santo día aguantando el gimoteo convulsivo de las viudas, rodeado de caras lúgubres, con la música perenne de los susurros de pésame. Bien es cierto que sus compañeros no lo llevaban tan mal como

él, aunque era algo superior a sus fuerzas y no podía evitarlo. Él, un hombre joven (se hacía mucho hincapié a sí mismo en lo de la edad), estaba muriéndose en vida por contemplar tanta desgracia. «Son los muertos, que me comen la moral», les decía a los amiguetes de la peña, quienes le daban ánimos cuando lo veían entrar alicaído.

El síndrome de Fabián era un caso muy serio: su tristeza desbordaba el límite de lo tolerable, y cuanto más profunda se hacía su pesadumbre, mayor era también su irritación, y más aborrecía el trabajo, y menos soportaba a Pili. En esa tesitura resultaba previsible que se le cruzaran los cables en la primera ocasión. Sin embargo la ocurrencia de aquella mañana fue un órdago magistral que dejó a todos petrificados.

El jefe lo había puesto en antecedentes la tarde anterior. «Cuídame el servicio de mañana, Fabián. Es uno de los Fernández-Polo, y esa gente está podrida de millones». Se había concertado la recogida de los restos del finado en su propio domicilio —toda una planta en el mejor edificio de Plaza Nueva— a las nueve treinta, aunque el chófer y su acompañante, conociendo el percal, llegaron diez minutos antes. No tuvieron que esperar. Dos hombres que Fabián supuso hijos del difunto y cuya edad no rebasaría los treinta y cinco años ayudaron a transportar el féretro y a depositarlo en el coche fúnebre. Acto seguido, uno de ellos subió en busca de la madre mientras el otro entraba en el aparcamiento a por el Mercedes. Fabián dio un rápido vistazo a su alrededor y cayó en la cuenta de que nadie, en ese momento, había bajado aún de la casa.

IMÁGENES SIN VOZ

[el olvido]

Voy en tren. El tren avanza lentamente serpenteando de un modo imposible por las callejas del Barrio Gótico. Luego atraviesa un arco y corre a lo largo de una explanada bordeada de palmeras antes de rodear una gigantesca fuente. La fuente se parece a las de Versalles, y está coronada por una cuadriga de Pegasos. A continuación, el tren se adentra en la espesura de un bosque de montaña, para iniciar enseguida un descenso vertiginoso a través de túneles y puentes. Finalmente entramos en la estación, muy distinta a la de Sants o a la de Francia. Al bajar al andén y mirar a mi alrededor veo que estoy en el Gran Salón del Palacio Nacional.

Salgo entonces al exterior. Es de noche. La ladera del Montjuic está formada por terrazas con piscinas de las que disfrutaban numerosos bañistas. Algunos se zambullen en la mayor de todas saltando desde un trampolín muy alto colocado frente a la puerta del palacio, y yo, que en ese momento llevo puesto el bañador, me arrojo y caigo muy despacio, como retrasando la caída por propia voluntad, plácidamente.

Mientras nado puedo ver cómo parte el tren. Pasa

frente a nosotros. El silbato se repite, no cesa; es más, su sonido se acrecienta a medida que se aleja el convoy y adquiere un timbre metálico. Advierto entonces que están llamando al teléfono. Me despierto y levanto con insufrible torpeza el auricular.

—Buenos días, señor. Son las ocho en punto.

Al incorporarme un poco para deshacer el lío de la sábana descubrí que estaba desnudo, pero la cabeza me pesaba de tal manera que la dejé caer de nuevo en la almohada. La luz del día entraba furtivamente bajo el filo del cortinaje. Mi primera impresión fue que no sería capaz de levantarme en muchas horas. Después comprendí que era preciso hacer frente a mi postración, por enorme que resultara el esfuerzo.

Minutos más tarde logré llegar hasta el baño. Abrí el grifo del lavabo y permanecí absorto en el remolino del desagüe. Fue entonces cuando me asaltó por primera vez la desazón que ya no me abandonaría en toda aquella maldita jornada. Una zona oscura que se remontaba tan solo a unas horas antes, una incógnita persistente, una obsesión: ¿dónde estuve?, ¿qué hice la noche pasada?

¿Qué hice anoche? ¿Por qué amanecí desnudo? ¿Con quién estuve bebiendo la botella de *bourbon* que encontré junto a la bañera? Demasiadas preguntas se agolpaban en mi dolorida cabeza. Acabé de llenar la taza de té, puse un cruasán en el plato y tomé asiento en la mesa que quedaba libre al fondo del comedor. Desde allí veía entrar y salir a las camareras reponiendo el mostrador del autoservicio; lo hacían con una celeridad incomprensible para mi estado de ánimo.

EL LENGUAJE DE LA NIEVE

[el tabú]

*Ah, l'amour. C'est la meilleure substance
que j'aie jamais goûtée, mais il est si difficile
de s'en procurer un peu...*

JEAN-FRANÇOIS BROUNARD

Lo hizo desde el primer momento. A Elo le fastidiaba, le decía a la cara que era un pelmazo, pero él insistía en que detrás se mareaba. Es posible que no mintiera. Al llegar al hotel volvía con sus compañeros, aunque en el autobús buscaba nuestra compañía, la de los tres profesores. A veces incluso se sentaba junto al chófer y le daba conversación mientras cambiaba los cedés. Dos años antes había sido mi alumno; quizá me dejé engañar entonces por su aparente discreción. Ahora comprendo que es en los viajes donde se revela la verdadera condición de quienes creíamos conocer.

No demostraba ser Juanma un chico testarudo, sino más bien todo lo contrario: pasaba de una cosa a otra reclamando la atención de los demás. En nuestras reuniones en el dormitorio *de los muchos*, y lo

digo porque aquello era más un patio de vecinos que una habitación de hotel, tan pronto montaba Juanma un osito de peluche sobre otro en actitud sodomita como le arrebatava a Beatriz un tampón, el mismo que, con eficiente uso del aplicador, se metía a continuación en la boca, dejando que el cordón le colgase de los labios cerrados.

El segundo día de viaje me hizo una propuesta. No estaba yo por escuchar demasiadas historias. La noche anterior había permanecido hasta las cinco de la mañana en un hospital de Casteldefels. Yo con los ojos como botas; Fernando, el otro profesor, dándose coscorrones contra la pared cada vez que le vencía el sueño. Desde el pasillo de reanimación nos llegaba la voz de la doctora: «Quique, despierta. Vamos, levántate ya, que tienes que marcharte». Cuatro horas antes, mientras llamábamos desde el teléfono de recepción pidiendo una ambulancia, Quique tenía encima la borrachera más parecida a una defunción que he visto en toda mi vida, con una papilla negra junto a la cama que luego resultó ser de Coca Cola (más adelante supimos que el propio Juanma fue instigador de aquella precipitada fiesta de alcohol en la playa). Así que cuando salió descalzo a la sala de espera de urgencias y dijo que él pagaba el taxi..., bueno, juro que lo hubiera estrangulado en ese instante.

No tenía ganas de escuchar. El autocar avanzaba serpenteando a través del valle del Segre; al mismo tiempo, Juanma desplegaba su verborrea en torno a una cuestión que cabría definir en términos de «cómo ser posmoderno en las relaciones de pareja». A través



2

TRAGEDIA

OLAS DE SEIS O SIETE METROS

[el abandono]

Bienaventurados los que soñáis en el silencio de la madrugada, porque vuestra es la felicidad, vuestra y de nadie más. La noche oculta entre sus zarzas pozos sin fondo, y todo aquel que navegue por ese océano oscuro tarde o temprano verá naufragar su apetito de amor o de locura, qué más da.

Yo también naufragué en esta fría noche de enero. Mía fue la culpa, solamente mía, aunque nada sospechaba cuando Kim Novak se precipitó al vacío desde el campanario de aquella vieja iglesia. No éramos muchos en la última sesión del Excélsior y, sin embargo, no faltaron quienes dejasen escapar un chillido ante la muerte de la protagonista. Volví los ojos hacia él buscando alguna reacción.

—Era de esperar —apuntó susurrando—. Lo contrario no tendría sentido.

Medité sus palabras. Comprendí de inmediato que llevaba toda la razón. Para entonces los créditos desfilaban ascendiendo lentamente por la pantalla, y las luces de la sala comenzaban a encenderse.

Salimos a la calle sin decir nada. Di un par de vueltas a mi bufanda y me abroché hasta el último botón del

abrigo. Él hizo otro tanto. Nos detuvimos frente a la cartelera, que anunciaba *Frenesí* para la siguiente proyección.

—Bueno, ¿adónde te gustaría ir?

—No sé —le contesté—. ¿Tienes alguna idea?

—Tengo esto —respondió mientras agitaba un llavero delante de mis ojos.

—¿De dónde son?

—De la casa de campo de mi tía. La que queda pasando Los Pradillos. ¿No te hablé de ella?

—Sí, algo creo recordar.

Hacía demasiado tiempo de todo aquello, y a menudo me refería cosas completamente olvidadas.

—Pero allí no habrá nada de comer —reparé.

—Supongo que no. Bebida sí habrá. Lo que podríamos hacer es llegarnos antes al bar de Miguel y pedir algo. Tienes hambre, ¿no?

—Bastante.

—Yo estoy desmayado —aseguró.

Entramos en el coche. Metí la llave de contacto, arranqué y puse la calefacción, todo en el mismo instante.

o o o

Esta tarde quedé en recogerlo a las ocho en la oficina. Ahora me alegro de que haya sido así, y no como en los días anteriores, cuando él venía a recogerme.

En realidad han sido pocos días. Solo hace dos semanas que regresé para pasar las vacaciones de Navidad; ese es todo el tiempo que hemos estado saliendo

EL VIAJE DE SU VIDA

[la frustración]

Cuando terminé el COU y tuve que venirme a estudiar a la capital, mis padres compraron aquí un piso y mi vida en el pueblo quedó atrás como un libro que se cierra y se coloca en un estante. Durante los años siguientes las visitas de mi prima Che, que sin ser frecuentes lo eran mucho más que las mías, se convirtieron en la crónica de la irremediable extinción de nuestra pandilla. *El pelotón de las ciclistas*, como nos conocían en el instituto, acabó disolviéndose entre noviazgos más o menos duraderos, y el día en que se cumplían los diez años de mi partida, cuando saqué la foto que no me había atrevido a mirar desde entonces, me encontré con el retrato adolescente de cinco madres y esposas, y el de una sexta —yo misma— que no ejercía ni de lo uno ni de lo otro.

De entre todas ellas, la que dio el campanazo fue sin duda alguna Emilia, no solo por haber sido la primera en casarse, cuando aún no había cumplido los veintitrés, sino por hacerlo con un alemán que conoció en la playa de Fuengirola. Este hecho no me era ajeno, pues otro tanto había sucedido en mi propia familia. Pero del mismo modo que mi cuñada Heike vio crecer a sus

hijos —los Morante Tausch— junto a nosotros, Emilia montó su hogar en Bergish Gladbach, una población industrial a treinta kilómetros de Colonia.

Por ello y por su más que justificada ausencia, Emilia logró erigirse en tema destacado de conversación durante aquella cena en la que volvimos a reunirnos los antiguos compañeros del instituto. Eso fue en junio del '99, mes en que se cumplía el vigésimo aniversario de la finalización de nuestro bachillerato.

Rocío, quien por haberse criado con Emilia en el cuartel de la benemérita era la que mantenía un contacto epistolar permanente con ella, nos puso al día de su situación, una situación que no pasaba entonces por su mejor momento. Y es que Othmar, su marido, había sufrido un accidente en la fundición e iba ya por la cuarta intervención en la columna vertebral.

Tal vez aquella desgracia familiar despertó en nuestra antigua compañera cierta nostalgia por los felices años de adolescencia, pues hace aproximadamente tres años, durante el convite de boda de mi primo Ángel, Che me contó que Emilia le había telefoneado. La lesión de su marido había respondido al fin a la cirugía y, una vez superados los prolongados ingresos hospitalarios, deseaba invitar a las amigas del pueblo a pasar unos días en su casa, donde contaba con habitaciones libres porque sus hijas estudiaban fuera.

Mientras Che me contaba esto pude ver cómo volvía a aflorar en sus pupilas ese fulgor que las hacía resplandecer cada vez que el entusiasmo se apoderaba de ella. Era un efecto frecuente en aquellos años de bachillerato, cuando Che obtenía las mejores notas y soportaba

LA PILA LIFO

[la perversión]

LIFO. Acrónimo que define un método de extracción de elementos o artículos de una lista ordenada en cola basado en el criterio de que el último depositado será el primero en salir (Last In, First Out).

1

La mañana del lunes 8 de noviembre de 1982, doña María Luisa Sáez de Grajales encontró al despertar cinco billetes de mil pesetas sobre su mesilla de noche. Quien los hubiera depositado allí habría tenido el cuidado de colocar sobre ellos el portarretratos con la imagen de Santa Gema, exvoto que doña María Luisa —Luisa en lo sucesivo— conservaba desde hace años junto a la lamparilla.

Durante el desayuno su inquietud la llevó a preguntar acerca del origen del dinero, pero tanto sus hijas Cristina y Natalia —Esperanza, la mayor, cursaba por entonces estudios en Inglaterra— como Consuelo, la criada, afirmaron no saber nada. No obstante, y pese a

que su ineficaz pesquisa abría la puerta a una amarga sospecha, no dudó en mentir cuando ellas se interesaron por el hecho: fingió recordar de pronto que lo había dejado allí por descuido la tarde anterior, al regresar de la peluquería, y conjeturó que la prisa por preparar los exámenes pudo ser la causa.

Considerando su estricto sentido del orden, que aplicaba por igual a la docencia de las matemáticas y a su papel de madre de familia acomodada, resultaba un tanto insólito que Luisa olvidase el dinero en cualquier parte. Y aunque en apariencia carecía de importancia, no pasó desapercibido para Natalia, cuyas finas dotes de observación sabía ocultar tras su bulliciosa juventud. Camino del instituto donde la madre impartía clases y la hija estudiaba COU, ambas permanecieron en silencio dentro del automóvil, concentradas en elaborar distintas suposiciones en torno a la misma persona, don Diego Grajales Salcedo, en su condición de padre y de esposo.

Natalia se esforzaba por comprender qué secreta razón existiría bajo la mal disimulada preocupación de su madre: el dinero pertenecía sin lugar a dudas a su padre, era lo único que tenía claro. Luisa, que había vuelto a encontrarse en los brazos de Diego la noche anterior tras seis meses de mutua privación conyugal, luchaba por ahuyentar absurdas ideas que vincularan ambos sucesos. Tan solo imaginarlo se le antojaba demasiado sórdido.

Aunque deseaba regresar a casa para aclarar con su marido aquel extraño asunto, no halló oportunidad de hacerlo hasta que estuvieron solos, en la sobremesa de



3

COMEDIA

NO PUEDO VIVIR SIN TI

[el descontrol]

My Summertime

RAY BARRETTO

1

Es domingo por la mañana y en el reloj acaban de dar las diez. Una cuadrilla de mangueros y barrereros se disponen a limpiar la plaza del pueblo. El suelo, aún húmedo, aparece cubierto por un manto de hojas amarillentas mezcladas con vasos de plástico, botellas, bolsas de celofán, restos de comida esparcidos. Las nubes se alejan y en los charcos reverbera la luz de un cielo azul radiante. Cruzan la plaza dos niños vestidos de futbolistas. Se detienen ante el Ayuntamiento. Entre risas se les ve hacer comentarios sobre una pintada junto a la puerta que dice «JOSÉ LUIS NO PUEDO VIVIR SIN TI». Luego siguen su camino y se pierden calle abajo.

La escena ha permanecido inalterable en mi recuerdo durante más de una década, diría que es casi

una postal. Tras ella me vienen a la memoria otras tantas: acuden en tropel, empujándose, formando un bullicio donde cada una forcejea por lograr un sitio. Las hago callar, no quiero alborotos. ¿Me dejáis empezar de una vez? Gracias, mucho mejor así.

Todo comenzó la tarde anterior. Marian y yo viajábamos en un compartimento de 2ª de un expreso en compañía de Rafa, quien no paraba de liar canutos. Trataba de convencernos de que él había estado de copas con Lou Reed —su enésimo farol— al tiempo que calentaba una china. En este descuido la puerta se abrió. «Billetes, por favor», dijo el revisor con cara de pocos amigos. No habrían pasado ni cinco minutos cuanto teníamos allí a un miembro de la Policía Nacional de pelo canoso pidiéndonos la documentación. Apenas la examinó, nos invitó sin más rodeos a mostrar todas las *sustancias estupefacientes* que llevásemos encima. Marian miró a Rafa como diciendo «venga, tío», pero yo me apresuré a sacar el talego que guardaba en un bolsillo de los vaqueros, talego que se nos requisó con mayor prontitud que la que yo había puesto en hacerlo visible. Acto seguido el policía se despidió perdonándonos la vida porque no parecíamos malos chicos y porque, en el fondo, no tenía ganas de complicarse, aunque insistió amablemente en que estaba prohibido consumir drogas en lugares públicos. «¡Tío, eres un héroe!», dijo Rafa al marcharse el guardia. «Ni héroe ni hostias», le contesté, «¿Qué querías, que se quedase tu caramelo? Alegrad esa cara, joder. Los otros vendrán fritos, y con mi talego no habríamos tenido ni para empezar».

STEP ONE

[la metaficción]

For Max

COLEMAN / WEBSTER

Nancy (With The Laughing Face)

VAN HEUSEN / SILVERS

1

A *petito de escritura*: así podría definir la sensación que tenía cuando al terminar abril decidí tomarme unos días de vacaciones. Últimamente el trabajo en la oficina me ocupaba demasiadas horas, y aquella oportunidad de estar junto a mi novia también lo era de poner fin al abandono de mi labor literaria.

Durante esta larga pausa había barajado distintas opciones para el núcleo argumental de un relato. Entre ellas figuraba aquel rocambolesco episodio de Rafael en una pensión de la calle Segovia: la imagen de un ocasional compañero de habitación cerrándole el paso

en plena madrugada mientras él llamaba a voces a esa patrona que, tal vez deliberadamente, optó por no acudir; o la carrera que hubo de dar mi amigo bajo el sol de la mañana hasta esconderse en una charcutería, cuando aquel individuo, inusitadamente correcto de día tras su frenesí nocturno, optó por volver a perseguirlo al abandonar el hostel. El asunto se prestaba tanto a la comicidad como al suspense, incluso poseía ciertos rasgos costumbristas —Rafael, al regresar a la pensión después de haber pasado la velada con un antiguo compañero, encuentra a los huéspedes viendo por televisión *Mi querida señorita* de Armiñán—. En general todos los elementos funcionaban bien. Sin embargo mis preferencias se decantaban por un material de cosecha propia, es decir, una *verdadera* ficción y no un mero suceso extraído de la realidad.

Por otro lado, durante la estancia de mi madre en el hospital comenzó a seducirme la idea de una historia de amor entre un protagonista de mi edad y una joven. Se trataría de una pasión atormentada. Ambos se conocen porque están al cuidado de sus respectivas madres, que comparten habitación. Una mutua simpatía ha fraguado entre ellos desde el primer momento, pero él será sorprendido en la oscuridad de la madrugada por aquel cuerpo que se arroja sobre el suyo y le hace el amor como un animal sigiloso. La historia podría discurrir por diversas escenas de emotividad, aunque su final se producirá de forma inevitable con la repentina muerte de la madre de la joven, cuando tal fatalidad la arrastre a la desolación sin que él pueda hacer nada por acompañarla.

¡AH!

[la fantasía]

Cuando alguien me habla de la crisis de los cuarenta, de inmediato me vienen al pensamiento tres imágenes: a) las cocochas de merluza que comí en San Sebastián en el verano del 99 —aprovechando unas vacaciones de los chicos de ETA—; b) el culo de Belén Martín; y c) las tetas de Belén Martín.

Evidentemente, la innombrable *Edad Media* y sus inherentes conflictos nunca será un tema predilecto para nuestros contertulios en una velada. Anda suelta por ahí una profesora de piano perfectamente soltera a la que basta llamar por teléfono (adelante, hagan la prueba si no son ustedes uno de sus habituales amigos homosexuales) para que al día siguiente vaya jactándose a los cuatro vientos de que la están acosando. Bien: aquí tienen una ciudadana que jamás aceptará de buen grado una alusión al citado tema ante su presencia.

Lamento reconocer que hasta el día de ayer yo era un individuo tan respetable como nuestra apasionada aunque ilusa funcionaria de la tecla, pero todo tiene un límite. Si alguien consulta esta misma tarde la página *web* de mi departamento de programación cultural, comprobará que todos los hiperenlaces llevan a nuevas

páginas hermosamente ilustradas con fotografías de chicas desnudas. Ni que decir tiene que he actuado con sumo cuidado para que el número de blancas no supere en ningún caso el 20 % de las bellezas expuestas.

Dicen que el placer del deber cumplido invita a la celebración. Yo no tenía a nadie con quien festejarlo cuando salí del aparcamiento, pero también dijo alguien que el desaliento no debe cundir entre los que luchan por un mundo mejor. Por lo pronto tuve bien claras tres cosas: a) mi *cash flow* no andaba para invitar a cocochas a Belén Martín; b) para presentarme ante Belén Martín tendría que comprar además un buen ramo de gladiolos; y c) dudo que Belén Martín se acuerde de mí. Ante tal circunstancia, enfilé la autovía en dirección a Cádiz. No llevaba más de 35 km. cuando recordé que no conocía a nadie en Cádiz, de modo que, en una hábil maniobra en la que en modo alguno puse en peligro la vida de los cerdos apilados en el camión ante el cual me crucé, tomé el primer cambio de sentido y regresé a la capital.

Mientras daba de comer a las palomas de Colón me entretuve repasando en mi Nokia 1610 el voluminoso archivo telefónico que tantas y tantas veces he querido podar de números marchitos. A: Alfonso Cost. A estas horas probablemente habrá vuelto de su esclavizador estudio de delineación; se relajará de otra jornada agotadora preparando una deliciosa papilla para la pequeña mientras Isabel la baña. C: Carmen González: la última vez que la vi me hizo subir al domicilio de una vecina de sus padres para recoger sus últimas pertenencias. Más me vale que piense que me he desintegrado. D: Dámaso de las Heras: dios mío, aún no lo he llamado